

interés y la gloria de sus casas. Los pueblos han aprovechado la lección y la aprovecharán más todavía.

### § III.— Los repartidores.

#### I.

Sería una tontería el tomar la defensa de Catalina II, si la apología tuviera la pretensión de probar su inocencia. Sobre su memoria pesa una terrible acusación; la que, según se dice, no retrocedió ante la muerte de su esposo, no podía tener grande escrúpulo en tomar parte en la muerte de una nación. Sin embargo, las últimas publicaciones sobre el reparto de la Polonia tienden, si no á justificar á la zarina, por lo ménos á disminuir su culpabilidad, echándola sobre Federico II. Es verdad que la emperatriz de Rusia mostró más audacia, íbamos á decir más dignidad, que el rey de Prusia, si pudiera hablarse de dignidad en un crimen. Hemos dicho ya que cuando se consumó el reparto, ella tuvo el orgullo del silencio, al paso que Federico y María Teresa trataron de justificarse, es decir, de engañar al mundo. Federico hizo más; quiso engañar á la posteridad con sus escritos, tratando de disculparse, ya á expensas de la Rusia, ya á expensas del Austria. La zarina continuó guardando silencio. Se ha admirado *la grandeza de aquel silencio* (1); lo que hubiera debido admirarse únicamente era el carácter emprendedor de la mujer que, siendo una simple princesa alemana, subió al trono de los czares por medio de un crimen, y nunca retrocedió ante ningún atentado. Pero por esta razón también los Cartouches y los Lacenaires serían dignos de admiración. Conservemos este sentimiento para la virtud, y no lo prostituyamos dedicándolo al crimen.

La única excusa que puede aducirse en favor de Catalina II es que no hizo más que seguir la política de los czares respecto de Polonia. En este sentido puede decirse con verdad que no fué la

(1) DE SMITT, *Federico, Catalina II y el reparto de la Polonia, según documentos auténticos*. París, 1861.

primera en concebir el pensamiento del atentado. Nos inclinamos á creer que no fué la corte de San Petersburgo la que propuso el reparto. No tenía ningún interés en él. Su ambición era superior á la codicia de sus vecinos; pensaba apropiarse la Polonia entera. Comprendemos, pues, que Catalina haya manifestado en ocasiones repugnancia á consumir el crimen, pero no ciertamente porque su conciencia fuese muy escrupulosa. Si se la quiere justificar de haber tomado la iniciativa del reparto, no es posible hacerlo más que atribuyéndole una responsabilidad mayor. Hacía mucho tiempo que obraba en Polonia, como si la república fuera una pertenencia suya; no podía, pues, ocurrírsele la idea de repartirla con sus vecinos. ¿Es ménos culpable porque su genio audaz la impulsaba á grandes empresas?

Si Catalina II, cuando se la compara con Federico y María Teresa, tiene el mérito relativo de la franqueza, no se puede ciertamente decir lo mismo de la diplomacia de su gabinete. Ha justificado por completo el dicho de Napoleón, de que los Rusos son los Griegos del Bajo Imperio. El 20 de Diciembre de 1763 el embajador de Francia en San Petersburgo escribe á su corte: «*Ya hoy no se trata de desmembramiento. He discutido este punto con el señor vice-canciller. He convenido en que el interés de este imperio está, no solamente en conservar las posesiones de Polonia, sino en no consentir nunca que otra potencia se engrandezca á su costa. ESTE MINISTRO ME HA HECHO MIL PROTESTAS RESPECTO DE LA PUREZA DE LAS INTENCIONES DE LA EMPERATRIZ SOBRE ESTE PARTICULAR; ha añadido que tal vez las miras del rey de Prusia fueran ménos desinteresadas, pero que debía estar seguro de que la Rusia las combatiría si llegasen á manifestarse*» (1). ¿Quién no hubiera dado crédito á una declaración tan terminante, á ménos de creer que los diplomáticos no hablan más que para mentir? En el caso presente, el que así hubiese pensado, hubiera acertado. El ministro ruso mentía. En el mismo mes de Diciembre de 1763, tal vez en el mismo día, el canciller tuvo una conferencia con el embajador de Prusia. Le dejamos la palabra, porque el lenguaje del ministro está en ar-

(1) DE SAINT-PRIEST, *El Reparto de la Polonia*. (Revista de Ambos Mundos, t. IV, p. 33, nota.)

monía con sus ideas; nosotros no podríamos elevarnos tanto. Para mover á la Prusia á secundar la política de la Rusia en Polonia, el ministro dijo al embajador de Federico, «*que el rey quedaria bien pagado, así como la emperatriz, y que no habrian trabajado en balde.*» ¡Qué bajeza en la expresion! ¡Parece que estamos en una taberna! «*Es un asunto,* continúa el diplomático ruso, *que tengo arreglado de antemano, pero que no puedo explicar hasta que las cosas estén más adelantadas*» (1). Sin duda, como la cosa no estaba aún definitivamente arreglada, el ministro de Catalina juró y perjuro al embajador de Francia que la czarina no pensaba en el reparto de la Polonia. Para terminar con esta innoble comedia, el ministro ruso insinuó que Federico abrigaba el proyecto que equivocadamente se atribuía á Catalina; esto era otra mentira. Federico respondió con una negativa á las ofertas de la Rusia. ¡Hé aquí la diplomacia del siglo XVIII, copiada del natural!

## II.

Ateniéndonos á la correspondencia diplomática que acabamos de analizar, la Rusia fué la que hizo la primera proposicion para el reparto de la Polonia, y Federico se negó á asociarse á este proyecto. Miétras no tengamos la correspondencia completa que se cruzó entre las tres córtes, será imposible fallar en definitiva acerca de la culpabilidad de los tres cómplices. Acabamos de ver que el ministro de Rusia hizo proposiciones que el rey de Prusia rechazó. A su vez Federico hizo proposiciones que Catalina II empezó por no aceptar. Estas ofertas y estas negativas ¿eran simplemente medios diplomáticos empleados para sondarse recíprocamente? No hacemos más que plantear la cuestion; respondan los diplomáticos de profesion.

La negativa de Federico era evidentemente fingida. Como no se le decia cuál sería su parte, podia temer que la Rusia se quedase con la mejor, y que el reparto no diese más resultados que el en-

(1) KURD VON SCHLÖZER, *Friedrich der Grosse und Katherina II*, p. 160 y sig. (1859).

grandecimiento de una potencia ya demasiado formidable (1). Esto hubiera sido jugar al *ganapierde*, y á Federico no le gustaban más que los juegos en que ganaba. ¡Por qué no ha persistido en este temor! La política, ya que no la conciencia, hubiese impedido el crimen que mancha su memoria, y de que en vano se pretende lavarla. Él mismo nos dice que en 1769 envió á San Petersburgo un proyecto político, así lo llama, que atribuyó al conde de Lynar. «*Contenia, dice, un bosquejo de reparto de algunas provincias de Polonia entre Rusia, Austria y Prusia.*» El proyecto no fué del agrado de Catalina. Federico nos dice la razon: «*Engreida con sus victorias sobre los Turcos, la córte de Rusia no prestó atencion alguna á la Memoria del conde de Lynar*» (2). El rey de Prusia volvió á la carga, pero siempre indirectamente. Su hermano Enrique hizo un viaje á San Petersburgo. En sus conversaciones con la emperatriz se habló del reparto. ¿Quién tomó la iniciativa? Es probable que fuese el príncipe de Prusia y que su mision cerca de Catalina no tuviese otro objeto. De todos modos, se ha dado demasiado importancia á esta entrevista. Ya sabemos que la cuestion del reparto no se trató por primera vez entre Enrique y Catalina; y poco importa, en último resultado, saber cuál de los dos puso la cuestion sobre el tapete. Lo cierto es que no dió resultado.

Otra vez el rey de Prusia volvió á renovar la proposicion, y esta vez en su nombre, y como una cosa ya resuelta en lo que le tocaba. En una carta de 2 de Marzo de 1771, escrita por Federico á su embajador en San Petersburgo, expone claramente su plan. Un cuerpo austriaco acababa de entrar en Polonia y habia ocupado el señorío de Zips, sobre el cual tenía pretensiones la córte de Viena; pero como en estas cosas el primer paso es el que cuesta, los Austriacos se apoderaron tambien de otros señoríos sobre los cuales nunca habian reclamado derecho alguno los emperadores. Esto habia sucedido en plena paz. Parecia, segun la frase de Catalina, *que no habia que hacer más que bajarse y recoger*. Federico aprovechó la ocasion al vuelo. Escribió al conde Solms que la Rusia y la

(1) KURD VON SCHLÖZER, *Friedrich der Grosse und Katherina II*, p. 257, 259.

(2) FEDERICO II, *Memorias de 1763 á 1775*. (Obras, t. VI, p. 27.)